



Relatos breves para los que esperan

Planteamiento en Sevilla, nudo en Banco de España y desenlace en Retiro.

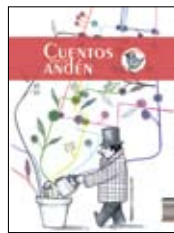
POR ELENA CABRERA

“Un mosquito es un ser valiente por naturaleza, y muy pequeño”. La cita forma parte de un microrrelato de Antonio Pomét pero la idea es universal: lo pequeño, cuando pica, se hace grande. Lo micro de las cosas que importan sirve para compensar posibles y probables desintereses por lo macro. Dicho sea, contado de otra manera, que cuando salimos de la oficina y bajamos siete tramos de escalera para llegar a nuestra línea de metro y regresar a casa, agotadas y heridas, para seguir trabajando, puede que no nos apetezca sacar del bolso un pesado volumen de 500 páginas. Puede que lo que necesitemos sea algo que pese poco pero que importe mucho, algo cuyo principio y final ocurra durante el trayecto.

El pequeño relato de Antonio Pomét se puede leer en el número

tres de *Cuentos para el andén* y su longitud es tal que da tiempo a terminarlo antes de que llegue el metro. Esta pequeña publicación gratuita viene apareciendo desde noviembre de 2011, distribuida en las principales bocas de metro con el *20 Minutos* el primer jueves de cada mes o en establecimientos y centros de cultura de la ciudad, como la Fnac, la red de bibliotecas públicas, el Ateneo, las librerías o los talleres de escritura.

Andrés Neuman o Matías Candeira comparten páginas con la aportación de un alumno de escritura creativa en cada número, algunas reseñas de lugares o citas culturales de la ciudad, microrrelatos, poesía e ilustraciones. Lo realiza el Grupo Andén, agencia especializada en la cultura breve, que se ha dado cuenta de que no tenemos tiempo para más.



LECTURA POR ELENA CABRERA

Supermame

Pablo Álvarez Almagro (Pepitas de Calabaza)

Dice la contra que el protagonista de esta novela es un auténtico caradura y un jeta sin escrúpulos. Qué eufemismos. A eso, en la calle, se le llama hijo de puta. En su segunda obra, este escritor pop y guionista de las pelis de Temboury, nos riega con lo más podrido del mundo de la televisión, las relaciones laborales y el dinero. La inmundicia de nuestros congéneres, o nosotros mismos, sangrandando en cada página.

Memphis Underground

Stewart Home (Alpha Decay)

Cómplices de lo que llaman terrorismo literario serán Antonio J. Rodríguez (de cuyo libro hablamos aquí al lado), que ha ejercido de traductor del londinense Home, y Kiko Amat, que le prologa (y dice que si este libro fuera un disco, lo sería de Suicide o Swans), y Javier Calvo, (que ha dicho que el autor es un anticristo y se lo han impreso en la portada). Este difícil artefacto es tan insoportable como absorbente y tan lejano como propio.

El dardo en la Academia

Silvia Senz y Montserrat Alberte (eds) (Melusina)

Qué magnífica y necesaria obra que plantea la esencia y la vigencia de las Academias. La apisonadora regencia de la RAE y su DRAE encuentra aquí la crítica a sus contradicciones, a su financiación, su funcionamiento a la geopolítica del lenguaje, al nacionalismo lingüístico, a los sesgos ideológicos del Diccionario. Dos tomos que demuestran que el dardo que se clavaba en la palabra era, en realidad, un bumerán.

Fresy Cool Sh*t

Antonio J. Rodríguez (Mondadori)

Madrizentro, una versión literaria y pop de Malasaña, es el escenario de las cuitas del joven crítico literario y aspirante a novelista –ese oxímoron laboral, tan común como ilógico– Pleonasma Chief y su joven amante, Lola Font, alter ego de Luna Miguel. La –casi– ópera prima de Antonio J. Rodríguez procesa lo conocido, lo cercano y lo vivido y lo suelta sin refinar, con un estilo crudo, brutal y sin concesiones.



OPINIÓN POR ELENA MEDEL

Por qué necesitamos a Mourinho

En mi agenda guardo una fotografía de José Mourinho. Igual que las abuelas con imágenes de vírgenes y nietos, a mí su ceño frunciendo *ad eternum* me ayuda a sentirme en paz. Todo marcha bien desde que me acompaña: esa postal es el chaleco antibalas de mi alma. Por eso necesitamos a Mourinho. Porque, frente al buenismo de Guardiola y sus muchachos, para quienes la vida se impregna de luz y color y juego bonito, Mourinho se alza como Lo Real: se disfraza de jefe tirano que no te paga las horas extra, pero también del compañero cuyo reto laboral consiste en encadenarte las zancadillas.

Las dos caras de Mou, capaz en una misma rueda de prensa de la chulería que provoca carcajadas y la bordería que solivianta a los medios, indican otro rasgo clave para rogar que no nos deje nunca: su complejidad. Toque, sí; filosofía, vale; pero Mourinho contiene las multitudes de Whitman, si emergiera de Dostoievski lo creería. Los partidos del Madrid no terminan cuando lo indica el árbitro, sino cuando Mou se despidió de los chicos de la prensa: solo entonces nuestro corazón respira.

Mourinho cumple nuestros deseos. No tanto como genio de la lámpara, claro, sino como atrevido hacedor de aquello que rumiamos y nunca nos lanzamos a afrontar. La impotencia de Mou ante la mejor suerte del Barça empuja a su dedo al ojo del segundo entrenador culé, y a rebautizarle –en una inconmensurable apuesta por la tragicomedia, entre los Marx y Apatow– como Pito Vilanova. Y su mente incita a Pepe —“tú lo llamarás literatura, pero yo lo llamo mentalismo”, que cantaron Astrud— a cerciorarse de la lánguida presencia de la mano de Messi sobre el césped y a pisar como quien no quiere la cosa, pero en realidad sí. No me gustaría olvidar que acompaña a Mourinho ese secundario genial llamado Rui Faria, con menos canas y más amonestaciones, representando todo lo anterior elevado al infinito. Mourinho: si te marchas, déjanoslo.

Mou representa la vuelta del calcetín sucio del fútbol. Los hipócritas plañideros de la deportividad, que claman por sanciones y justicias y limpiezas superficiales, e ignoran el comercio y la publicidad y se olvidan de la pureza y el esfuerzo, y elevan al Mirandés al *trending topic* no pisando jamás un campo sin calefacción, se rasgan las vestiduras ante quien les recuerda que la vida es así, áspera, desgarrar puro. Mourinho duele porque duele la verdad. Por eso, por agarrarnos al suelo, le necesitamos.

MICRORRELATO POR SILVIA NANCLARES

“13.15. Todos los tripulantes de los compartimientos sexto, séptimo y octavo pasaron al noveno. Hay 23 personas aquí. Tomamos esta decisión como consecuencia del accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie. Escribo a ciegas.”

(Nota encontrada en el bolsillo de uno de los marineros del K-141 Kursk, submarino nuclear de la Armada de Rusia, hundido sin supervivientes en el verano del 2000).